

M A D R I D.
En el DERRAMO CARICOGRAFICO,
vico, calle de Treceados.

PROVINCIAS.
En las principales li-
brerías.

EL REFLEJO,

REVISTA SEMANAL

Sale todos los jueves á mediodía, y da mensualmente dos láminas en acero.

El precio de suscripción para Madrid es 12 rs. al mes y 30 por trimestre. Para las provincias 40 rs. por trimestre si se verifica el abono en las respectivas librerías; y 30 si se hace la suscripción en el DERRAMO CARICOGRAFICO en esta corte, á se remite franco de porte su valor en letra, ó libranza sobre correo, á la orden del DIRECTOR DEL REFLEJO.
Sin láminas 6 rs. al mes en Madrid. Para las provincias 18 ó 24 por trimestre segun el modo de verificar la suscripción.

LA LECTURA DE LA BIBLIA.



IGUIENDO la
reaccion re-
ligiosa que
hoy dia co-
mienza, amenizaré-
mos nuestras colum-
nas con novelas bi-
blicas, escritas bajo la inspira-
cion de los sagrados libros.—

Cuando escribimos estas pala-
bras en el prospecto sabiamos muy bien que to-
carian en los corazones de tantos y tantos que
cansados de las publicas profanidades ansian
por dulces y tranquilos consuelos en el seno de
la religion del crucificado.

Los sagrados libros! qué manantial mas puro
é inagotable de instruccion y calma religiosa!
Qué de consejos para el fuerte! qué de lecciones
para el apocado! Y sin embargo qué jeneral es
la ignorancia de estas fuentes del saber! Cuán
de lamentar es la imbecilidad de tiempos no
muy remotos en que era un crimen de audacia
anatematizado con censuras eclesiásticas la lec-
tura de la biblia! y aun al presente, que se goza
en esta materia de amplia libertad, cuántos hay
todavía que creen que los santos libros deben
estar vinculados tan solo en las manos del sa-
cerdocio, cual los arcanos del antiguo Egipto,
cuya ciencia estaba únicamente reservada á los
sacerdotes de Memfis! Triste fatalidad de las
sociedades, que á medida que la luz de la in-
teligencia se va derramando por ellas decrecen

los sentimientos religiosos y se desprecian las
vias que á ellos conducen! En los pasados si-
glos, en que la necesidad de orar y acudir á los
altares estaba encarnada en los corazones, se
cerraban todos los caminos de llegar á la ver-
dad y á la instruccion. Manos pérfidas y fa-
naticas obstruian la sagrada ciencia á la mul-
titud sedienta de emociones religiosas. Vanas é
ininteligibles disputas teológicas se sustituian al
análisis y estudio de los santos libros; y al temor
de tocar á ellos mas que á otras causas debe
atribuirse la prohibicion de su lectura, pues
quizá, quizá, los mismos que ordenaban tal man-
dato, si tal profijaban, era porque ellos mismos
no se atrevian á tocarlos.

Hoy dia en que todos los sentimientos están
gastados, el raciocinio de los hombres corrom-
pido; en que los deseos solo se complacen en
la sensualidad y no en los goces del alma, en
que las pasiones egoistas triunfan de los movi-
mientos jenerosos, la falta de creencias es con-
siguiente, la irreligion domina soberana, y es ya
inútil la libertad de entrar en investigaciones
biblicas, porque la época en que vivimos la re-
chaza, la época de cinismo que alcanzamos
aborrece las lecturas del corazon, solo busca las
leyendas del escándalo.

Ay! mirad á esa Inglaterra protestante, se-
parada del gremio católico, es cierto; pero ved-
la religiosa por instinto, reverente por convic-
cion, piadosa por necesidad. Acudid á sus tem-
plos el dia de domingo: el mas incrédulo de-
pondrá su obstinacion, y, si hay en él todavía
demasiado orgullo para abrir su pecho á la ra-

zon, se someterá avergonzado al raciocinio mudo pero elocuente de aquella muchedumbre que acude presurosa á santificar el día de descanso. Escuchad con nosotros aquellos sacerdotes que explican con profunda conciencia las verdades sagradas, que penetran en vuestro corazón y adivinan sus mas recónditos pesares para derramar en ellos el consuelo y la paz de la religión; admirad luego aquellos solemnes instantes de meditacion y recojimiento que siguen á las palabras del orador; no vereis una frente que no esté humillada, ni una rodilla que no esté prosternada á tierra. Si algun insolente extranjero, curioso de observar las costumbres inglesas, ha penetrado en el sagrado recinto y no se abate con la multitud á aquellas prácticas religiosas, cien y cien miradas terribles, en que brilla el santo fuego de la piedad ultrajada, le obligarán mal de grado á someter su frente, y mostrarse reverente.

Entrad luego en el interior doméstico y vereis, en las largas veladas de invierno, á las familias agrupadas al rededor del hogar oyendo la lectura de un gran libro; con qué avidez se escucha, con qué ansia se aguarda el momento solemne de que llegue el turno de relevar al lector, el hijo al padre, la hermana á la madre, el nietezuelo que casi balbucea á la abuela postrada en una silla! Qué santa unción en aquellas frentes! Qué piadoso recojimiento en aquellos corazones! Si la familia es pobre, si la amargura entristece sus días, la lectura de la noche dulcifica sus pesares, aleja su miseria, hace brillar en sus rostros la resignación del consolado. Si la tormenta azota las paredes de su frágil morada, aquel libro es la ejida á que se guarecen aquellas jentes, y todos apiñados bajo su influencia protectora no temen los estragos del huracán.

Si quereis saber por que este pueblo es tan religioso, por que esta misma religión le hace ser tan amante de su país en términos de aparecer criminal para con los otros países en su política, observad ese libro que, tanto en el templo como en el hogar, meditan en imponente silencio. Es la biblia, es el estudio continuo del sagrado texto, es la explicación docta de los santos arcanos, lo que tanto influye en sus costumbres, que de tal modo suaviza sus hábitos, que tan grandiosamente moraliza sus corazones. Las verdades religiosas, siempre á la vista, triunfan de todas las obstinaciones, hacen avergonzarse al profano, fortalecen al timorato, y consuelan al piadoso.

Mas en cambio tended ahora vuestra vista por la vecina Francia. Escándalo y corrupción, cinismo é irreverencia, es lo primero que se presenta á vuestros ojos asombrados. Entrad en

las iglesias; hipocresía, y prostitución nada mas, os muestran todas aquellas largas filas de sillas, ocupadas por las llamadas devotas de gran tono. Observad luego á ese clero afeminado; ignorancia suprema, fanatismo impertinente hallareis en él. Nada de meditacion sobre los sagrados libros, nada de hablar al corazón explicando las verdades eternas. En las clases altas incredulidad, en el bajo pueblo grosera superstición; tales es el cuadro que presenta la Francia, ora os interneis en las ciudades, ora vagueis por las campiñas. Acaso oireis hablar de un famoso predicador que hace gala de vestir el hábito franciscano, quizá como traje mas dramático para cautivar á sus oyentes; pero analizad su vida. Escritor y colaborador de un famoso filósofo — á quien en otro tiempo ayudara en la tarea de desprestigiar el poder de Roma é insultarle, en alterar todas las creencias, en alhuagar al pueblo subvirtiendo todo sistema de orden social —, llegó un día en que advirtió que la fama, que por sus escritos podía adquirir, no la obtenia por sí solo y en primera línea, sino á la sombra de su compañero, y partícipe de su gloria en segundo grado únicamente. Dominóle la ambición, quiso ser, quiso brillar por sí, y como el camino que siguiera no podia darle mas laureo del conseguido, arrojóse en la opuesta vía; y ved ahí al joven fogoso, que tan bien seguia los ímpetus de su alma, hacer abnegación de estos principios, dominado por una gran pasión, la de ser único; y ved ahí al escritor filósofo, al incrédulo por instinto, convertido en serafico predicador. Qué unción pueden derramar sus palabras? qué conciencia podrán revelar sus discursos? la del fariseo sin duda, que predicaba el ayuno. Nosotros te hemos oído en un gran sermón en la catedral de *Nuestra Señora* en París, donde nadie entró sin papeleta, y al que se asistió como á un espectáculo. Todo cuanto mas profano encierra la capital de la Francia, desde la corte hasta las clases menos acomodadas, se hallaba allí reunido como en la sala de un teatro. Día de profanación, en que la presencia de la divinidad debió retirarse de aquel templo, por no ver escarnecida la cátedra del Espíritu-Santo con una perorata de tribunal!

Y así, cómo quereis buscar instintos de moralidad en el vecino reino? cómo quereis que se respete la división de clases, si la conformidad evangélica es desconocida, pues no hay quien ilustre á la multitud en la ciencia de los sagrados libros? La voz de algunos valientes escritores, que arrostran con fé la tarea de hacer oír las verdades religiosas, no es escuchada, pues

no encuentran apoyo en un clero imbecil yavariento que os tasa hasta el pan eucarístico. Ay de esa sociedad, ay de esas pomposas riquezas! Si el fuego del cielo consumió á las ciudades maldicidas, el incendio de tanta desorganización moral devorará á la nueva Sodoma. Tengamos compasión de ella!

En España por fortuna aun se conservan insintientos religiosos, y aun no se desprecian del todo todavia las lecturas sagradas. Si la jeneralidad de nuestro clero no es eminentemente ilustrado, tiene al menos en su seno hombres doctos y de suprema virtud que coadyuvan piadosos al desarrollo de las doctrinas evangélicas. El refinamiento de la civilización no ha introducido en nosotros todavia la prostitucion en los templos; y nuestra sociedad abriga grandes jérmes de acendrada moral. No nos toca á nosotros darles vida, pues tal no es nuestra mision; pero si creemos poder despertar la aficion al religioso testo, insertando en nuestras columnas leyendas biblicas que, aunque con el esterior de entretenida novela, contengan algun sabor de las sagradas fuentes de donde serán sacadas. Puedan vuestros ojos, mis lectores, recorrer alguna página de moralidad sin presuncion en este album mundano, reflejo de los insintientos de nuestra época!

ARISTIPO.

MADRID MODERNO.

ESCENAS TEATRALES.



CUANDO leímos el *Robinson*, nos chocó la explicación que le hacen á un muchacho de todas las minuciosas operaciones que se emplean en un vestido (una casaca por ejemplo), desde el punto y hora en que desnudan de la lana al borrego, hasta que cose un sastre la referida casaca para vestir á otro, que puede decir con vanagloria «aunque me ves de lana, no soy borrego»—refran intempestivo en aquellas frecuentes ocasiones en que el que lleva la casaca es mucho mas borrego que el manso recental que prodigó la lana:—y se me han ocurrido los detalles de aquella explicatoria lección, tales como el del esquileo, lavar la lana, hilarla, tejerla &c. para compararlos con las infinitas y complicadas operaciones que exige una comedia hasta el momento en que se representa.

Si se ha de escribir una obra orijinal española, lo primero es buscar cualquiera pieza de nuestros autores antiguos, de las que solo se conserva alguna viejísima copia, ó alguna comedia alemana ó inglesa, ó alguna novela de las que no vienen á las librerías de Monier ó Hidalgo. Se estropea un poco el argumento, se hace viajar á los personajes trayendo la escena á cualquier pueblo de España, se figura la acción en tiempo del rey que rabió ó del barbudo de Crivillente, y la noche que se estrena hasta el mismo autor ha llegado ya á creer de buena fé que la comedia, es decir, el drama (porque ahora todos son dramas) es suyo.

Si la pieza no es alemana, inglesa ó española antigua sino francesa, entences la cosa varía de aspecto: como ahora todos sabemos mejor el francés que el castellano (sin que se crea por esto que sabemos con perfección lo uno ni lo otro), y, como desde que en España nadie puede meterse fraile, todos nos hemos metido sabios (que al fin mas vale esto que ser un perdulario), y todos conocemos el teatro francés, y hemos estado en París, y tenemos el diccionario de Tauboda, estamos perdidos y esto es una muerte, pues no puede un cristiano dar por orijinales las comedias francesas, como se hacía en vida del Rey, en que para fortuna de los que sabian algo no se les permitia leer á los que nada sabian. Vino la guerra civil y entre otras nos trajo esta calamidad: llevémosla con paciencia.

Escribe Scribe (no vayan VV. á leer repetida la palabra, pues no formará sentido: cómanse VV. la última letra del literato francés, y muy buen provecho les haga) una comedia..... esta es la lana y el autor el borrego: viene á España y la traducen.... este es el esquileo: la leen en el comité... este es el hilado, algo tosco en verdad, pues hoy día en el comité no se hila muy delgado. Se ensaya.... este es el tejido.... y mas de cuatro veces resulta tal tejido de intrigas de semejantes ensayos, que diera el traductor gustoso el importe de la obra y mucho mas, á trueque de no haberlo tocado al pelo, es decir, á la lana, al borrego.

La noche de la representación es el momento del estreno de la pronda, que es el drama ó la comedia; como si dijéramos el frác ó la levitita:—el sastre es el traductor, el parroquiano que la ha de usar son los actores.... pero, oh fatalidad de las cosas humanas!... lo raro del caso es que siendo los actores los que se han de poner la casaca, se exige que le venga bien al público, es decir que le venga justa, pues, si le está estrecha y le incomoda ó le disgusta por holgada, la pega una silva, que equivale á devolverle la prenda al sastre y no pagarsela; y

entonces puede aplicarse al traductor el antiguo adagio de que «fue por lana y volvió trasquilado.»

De todas estas enmarañadas operaciones, elijeremos el tejido y procuraremos hacer un rápido bosquejo de cierto ensayo, puesto que los bastidores son clausura para los profanos y no es fácil que todos tengan conocimiento de lo que pasa allí, donde solo tienen entrada los poetas dramáticos, los actores, algunos que son amigos de los actores y los periodistas que todos son sus enemigos. La mayor intimidad que existe generalmente entre el actor y el periodista es por el estilo de la que tiene el raton con el gato. Pero vamos al ensayo.

Dan las diez, hora en que el director de escena ha citado á la jente, y á esa hora ya están en el teatro.... el portero que vive allí, su mujer y sus hijos.... si los tiene. Los cómicos son muy puntuales para todo, escepto para acudir á los ensayos ó para empezar la representacion á la hora que designan los carteles; salvas estas escepciones, y la de variar la funcion despues de anunciada, una vez al menos dentro de la semana, ó antes si espera peligro de no haber entrada, son los cómicos jente muy formal y cumplida. Dicese luego que por indisposicion de tal actor ó actriz.... por turno.... y con esta inocente estratagemas se queda el público tan satisfecho. Al cabo mas vale que sea broma, pues si efectivamente se pusiesen malos los actores todos los dias que se anuncian sus achaques por las esquinas, qué diablos habiamos de hacer con tales compañías de valetudinarios?... mas valia trasladar el teatro al hospital ó al cuartel de inválidos.

Pero basta de digresiones y vamos al grano. Si se cita á las diez, empiezan á ir á las diez y media.... el avisador y el sota—espavilador de la compañía y la vieja que barre los vestuarios. A las once menos cuarto llegan los últimos galanes, racionistas en términos técnicos; á las once se presentan barba y gracioso, y el último de todos el primer galan. Acostumbrado á verse precedido en su salida á la escena, primero por los comparsas (guardias), luego por los racionistas (acompañamiento), y á presentarse él el último (el rey ó el gran Tamorlan de Persia), no puede perder la maña ni aun en la asistencia al ensayo.

Mientras esto sucede en el teatro, está á la puerta de la casa de las cómicas uno de los primeros coches que reemplazaron á las literas; y como guardianes de tan preciosa antigüedad, el cochero y lacayo saben ya que la actriz se levanta cuando recibe el aviso que lo da la criada de que «el coche está abajo» — como si fuera cosa

fácil que estuviere arriba; — y como la señorita ha menester hora y media para vestirse de trapillo, acuéstase el cochero en el pescante, echa su cigarrito el lacayo sentándose en el escalon del portal, y los dos esqueletos, que cualquiera menos escrupuloso llamaria mulas, ó se duermen para imitar al cochero, ó se ponen á meditar que lo peor que hay que ser en estos tiempos que alcanzamos es mula de coche simon, por lo es— casa que tienen la cebada; ministro, por las desvergüenzas que oye de diputados y periodistas; ó escritor satírico, por las continuas quejas que recibe.

Suenan por fin las doce, y sale la actriz: entra en el coche, y ya está cerca del teatro, cuando recuerda que se ha dejado olvidado el frasquito de olor? es preciso volver á casa.... Cómo ensayar sin tener á la mano el frasquito de olor! menos malo fuera que se hubiesen quemado todas las copias de la comedia. El frasquito de olor es muy necesario para en el caso de verse atacada por el mal de nervios, lo cual puede suceder si don Narciso el periodista está aquella mañana mas galante con la segunda dama. *Actriz y sin envidia!.... No es posible.* Esto lo dijo Shakespeare, y fuerza es convenir en que este señor decia muy buenas cosas.

«Cochero, vuelta á casa: se me ha olvidado el frasquito de esencia» — Vuelve el cochero renegando, sube las escaleras con toda la lijereza de que es capaz un gallego, y le pide á la doncella «el frasquito de *placencia* de la señorita» — lo coje, y baja contemplándolo y diciéndole entre sí: «Este chisme, necesitará para el pasu del venenu.»

Llegan al teatro cuando ya todos murmuran entre dientes y censuran la tardanza: el director trata de imponerle la multa, pero no se atreve. La actriz es *amiga íntima* de don Narciso, y el tal es muy capaz al dia siguiente de decir en su periódico que la comedia que se dispone es inmoral, porque el rey Wamba se casa con tres mujeres.... que se falta á la historia.... que los caracteres *flaquean*.... y otras mil sandeces que darian con la entrada al traste. Mas vale, pues, callar, para no irritar al Aristarco folletinista.

—Ea, señores, dice el director: ya estamos todos: empecemos el ensayo. Cada cual á su puesto.»

Ahora debemos designar nosotros que sitio es el de cada uno.

El apuntador *se calza* los anteojos, pues así como dijo un escritor de costumbres que las manolitas *se calzaban* las castañuelas, porque sus manos parecían pies; como pies, y no pequeños, parecen las narices del apuntador, por eso le

aplicamos el mismo verbo. Le plantan un par de velas encendidas junto á las susodichas narices, y le ponen un manuscrito en la mano.

Los galanes se colocan al lado izquierdo: al derecho las damas y los aficionados: es decir, no los aficionados á las damas, sino al arte. Son estos cinco ó seis entre poetas, periodistas y desocupados..... aunque por aquel momento desocupados lo son todos ellos.

Métense los segundos apuntes en la primera caja de bastidores, y dice uno de ellos: —Fulanita..... vamos: V. empieza.»

Levantase la que olvidó el frasquito, y como además del frasquito ha olvidado los versos, dice con ayuda del apuntador, y lo mismo que el moribundo repite la recomendación del alma que le dicta el agonizante, la tirada siguiente:

Por mas que vuelvo á la salada espuma
vacilante la vista y recelosa,
consultar procurando á los bajeles
que arriban con flotantes banderolas
la suerte que corrió mi Alfredo amado,
muda respuesta á mi demanda otorgan:
Mas ay! el corazon hartó me dice
con incesante voz aterradora,
que halló la muerte, y que del triste fueron
sepulcro infiel las irritadas olas.

Vuélvese en esto la dama ácia donde está el autor, consultándole con la vista—lo mismo que á los bajeles—si está dicha la relación con el sentido que debe dársele; pero sorprende al poeta haciendo en aquel momento un gesto de disgusto, que á la dama le parece de muy mal agüero..... y recurre al frasquito..... Qué tal? No hizo bien en obligar al cochero á que volviese por él?

—Pero qué es eso? le pregunta: no declamo á gusto de V?

—Oh! si señora..... Ya lo esperaba yo..... sus talentos de V..... solo..... (esto lo dice el autor balbuceando)—solo, que creo que no sabe V. muy bien.....

—Toma, y eso es todo? Con saberlo á la noche, que es la función.....

—Sí, claro es, peor sería no saberlo hasta la segunda representación..... Actores hay que no saben el papel ni la última..... Pero eso no se entiende con V.

—Ya me lo figuro, repone la dama. La culpa..... la culpa la tiene ese borrico de asistencia, que oye decir las irritadas olas..... y no las meneas siquiera.

—Ya se ve, exclama enfurecido el director, como se meten á artistas sin saber una palabra, qué ha de suceder? Por qué no meneas V. esas olas?

—Señor, contesta una figura rara, enciclo-

pedia de hombre, oso y orangutan: porque no me lo ha mandado el traspunte. Si sabré yo mi obligación, particularmente en materia de olas, cuando era yo quien se las meneaba, en EL OSCAR, al señor Maiquez, y en los DOS SARJENTOS FRANCESES á Caprara, y por eso me pusieron de apodo el *Ney-tuno*.

Apacigüelos el autor, diciendo que la disputa es escusada, puesto que las olas podían estar irritadas el día que se sorbieron á Alfredo, pero que desde entonces acá han tenido tiempo de apaciguarse: que ese no sería defecto si la dama supiese mejor su papel, pero que no sabiéndolo, podía comprometer el éxito de tan preciosa obra. (Los autores nunca se han picado de modestos.)

Al llegar aquí el poeta fué Troya. La dama se puso encendida—como si ya tuviese el colorette—, y le llamó poetastró y hambro, y que se yo cuantas cosas mas. El la contestó que mas era ella: el director solo pensaba en la pérdida de la entrada: las damas de escalera abajo formaban corrillos censurando agriamente la conducta de su amiga y compañera, y achacándola á miras no muy lícitas. Aquello era un infierno. La dama salió enfurecida, y agarrada del brazo de don Narciso el periodista.

A las dos horas se leía en las esquinas:

«Por indisposición del barba no se puede ejecutar hoy el drama nuevo.»

Al día siguiente decía el periódico de don Narciso:

«La célebre actriz fulanita de tal es víctima de las bajas intrigas de bastidores. Lástima que una artista de tan relevante mérito..... y que nos la disputarian en todos los teatros..... porque es una joya..... un brillante..... una perla..... porque nosotros somos imparciales.....»

Por la tarde estaba comiendo con ella en un cuartito de la Pastelería suiza.

JUAN DEL PERAL.

LA VIRGEN DEL VALLE.

(Continuación.)



OS horas permaneció Margarita sola, y postrada sobre el húmedo suelo, cuando los pasos marcados de una persona llamaron su atención, y la obligaron á incorporar á incorporar penosamente su hermosa cabeza, que volvió á inclinarse desfallecida sobre su pecho, como ce-

diendo á la inmensa carga de los penosos pensamientos que la abrumaban. Jiró sus inciertas miradas en derredor suyo, y al ver adelantarse á su encuentro un venerable anciano, le estendió su blanca mano, y sus lábios se entreabrieron para dejar brillar en ellos una líjera sonrisa que vino á terminar en un suspiro.

—Señora, la dijo el buen anciano, enjugando sus ojos azules en los que resplandecía la pureza y la bondad de su corazón: Inútiles han sido mis pesquisas. He recorrido cuantas hospederías para caballeros hay en Toledo, y en ninguna me han dado razón del jóven por quien preguntais. Como mi carácter de sacerdote, aunque hoy día las desgracias me hayan reducido á pasar por el santero de esta hermita de la virgen, y como mis canas me dan fácil entrada en la mayor parte de las casas principales de esta imperial ciudad, he recorrido uno por uno mis no pocos favorecedores y amigos, y aun me han hecho el obsequio de presentarme en el palacio arzobispal, á donde moran muchos de los caballeros de la corte por tener acostamiento al lado de nuestro rey, que Dios guarde, el señor don Felipe IV.

—Y allí me dijo que se hospedaba!

—Y sin embargo, no he sido mas feliz en mis averiguaciones. Y contad con que no olvidé ninguna de las señas por las que creisteis facilitarme su conocimiento. Ojos negros y rasgados, nariz aguileña, buen talle, noble fisonomía, maneras desembarazadas.

—Y bien; padre.....

—Muchos encontré en quienes se notaban varias, pero ninguno de las reuniese todas; ni menos caballero de la orden de Alcántara.

—Sí; el nombre será finjido, como lo fueron su amor y sus palabras!

—Por lo menos yo me atreví á preguntar á varios jentiles—hombres de la cámara del rey, si conocían en alguna de las otras órdenes militares algun caballero con el nombre y apellido de don Antonio de Herrera, y me confesaron que no solo no le conocían, pero que ni aun recordaban que hombre de notables prendas y con semejante apellido hubiese asistido nunca al rey don Felipe, de quien eran servidores largos años hacia, y por consecuencia amigos de cuantas personas de algun carácter le rodeaban.

—Gracias, padre mío, por la afanosa solicitud con que habeis desempeñado mi última voluntad.

—Qué decís, señora?

—Que á los pies de ese pobre altar he adquirido confianza y fortaleza para llevar á término mi resolución, por penosa que para mí sea. Si mucho hubiera deseado decirle un último adiós, y que oyese de mi boca un perdón que le haría mas infeliz que mis maldiciones, porque le pondría de manifiesto y en parangón la ternura y la nobleza de mi alma, y la crueldad y la infamia de su corazón. Mas la virgen del valle, esa imagen milagrosa que me abría sus brazos para recogerme en ellos, no me ha creído merecedora de tanta felicidad.

—Volved en vos, señora: esa virgen que en estos momentos de abandono se os figura que os velaba con su manto, tierna y amorosa, os acorje ahora que solo os ve infeliz, pero os arroja—

ria de sus plantas si os presentárais delante de ella siendo voluntariamente criminal. Seriais capaz de atentar contra vuestra vida?

—Lo que ella dure durarán mis tormentos!

—La religión los consuela, y los hace lisonjeros y amables para el que solo ve en ellos un martirio que nos alcanza la felicidad.

—La religión no cabe en mi alma.

—La virgen te abandona, hija del pecado. La religión no necesita otro altar que la fé. Cree en sus misterios grandiosos, y espera en tu Dios!

—Ah! padre, que no es fácil convencer á un corazón desengañado. La religión ha sido para mí durante veinte años el único pensamiento de alegría, de paz, de consuelo y de ventura. La religión me conducía al sepulcro de mis padres, y me aconsejaba la resignación y la esperanza, porque me prometía un asiento junto á su gloria; porque en mis sueños traía al rededor de mi lecho sus venerables sombras á bendecirme, y sentía yo su aliento pasar sobre mi boca y derramar en mi seno fortaleza para sufrir su ausencia, y para seguir hasta el fin de mi breve peregrinación por este mundo. Yo oraba porque creía en su misericordia; yo oprimía contra mi corazón el escapulario de la virgen porque le suponía un talismán contra los dolores que pudieran desgarrarle. Yo entonces amaba mi dolor porque le embellecía mi candor, porque la tranquilidad de mi inocencia me daba derecho á prometerme el fin de unos padecimientos que yo no podía haber merecido por mis pecados!

Un hombre se presentó á mis ojos: uno de esos seres que parece que nos han acompañado en otros mundos anteriores, y de los que al alma queda un recuerdo precioso. Su voz hizo vibrar mi corazón como el huracán la hoja tremula del árbol. Su voz era tierna como la de la tórtola del valle: sus ojos dulces como la luz del crepúsculo de la mañana. Nos amamos: yo creía que mi ángel bueno no se apartaría de mí. Acudí á la tumba de mis padres á pedirles consejos: no oí ningun eco que me respondiera, sino los saltos de mi comprimido corazón que me gritaban sorda y violentamente: Tú eres de don Antonio. Acudí á implorar á la virgen de mi escapulario; habíase me desprendido del cuello por romperse una de sus cintas, y tan ocupada estaba en meditaciones amorosas para mí desconocidas, que le colgué á la cabecera de mi lecho, dejando para el siguiente día el volver á colocarle sobre mi seno. Mas ah! este momento no llegó, porque mi razón no tenía un instante de sosiego: las horas huían delante de mí como nubes impelidas por la tormenta: jamás se me figuró el tiempo bastante largo para pensar en don Antonio.

Y bien, la distracción llegó á ser desvario, y este rayó en locura, viniendo á parar la ruina en tal extremo, que todo lo abandoné por seguirle!

—Infeliz! Qué ángel malo te aconsejó?

—Y por qué me abandonó el de mi guarda? Veinte años de inesperienza y de candor, eran armas para defenderme? Y me pedís creencia? En quien? En ese Dios que llenó mi corazón de tinieblas; en esa virgen que me dejó abandonada cuando podía haber sido el escudo de mi inocencia?

—El dolor te ofusca.

—..... No, padre mio; el dolor ha despejado mi entendimiento: la desgracia ha sido el fanal mortuorio que ha alumbrado mi razon. El amor era para mí una religion tambien. Yo creia en su grandeza y en su felicidad. La virtud me parecia el sol que alumbraba su templo; y no juzgaba dignas de rendir adoracion en sus altares sino á las almas grandes y jenerosas. Y todo ha sido mentira! La hermosura es la máscara del vicio; la santidad de las palabras es el medio de que se vale la seducción: la tirania del amor es infame, puesto que solo elije para sus sacrificios la virtud y la inocencia! En nada tengo fé, porque de mi corazon han arrancado las creencias: nada espero, porque la vergüenza y la deshonra serán el patrimonio de mi sencillez: no tengo deseo, porque mi frente manchada teme la luz del día; y porque el único que era el imán de todos los míos, me abandona á mi desesperacion! Dejadme morir!

—Triste es tu historia, jóven hermosa y desvalida; grandes tus infortunios, pero tambien es inmensa la misericordia del cielo! »

Calló el sacerdote conociendo que sus palabras podian exasperar aquel corazon herido de muerte, y se arrodilló implorando en silencio la paz para aquella alma abandonada. Corrian sus fervorosas lágrimas por sus sonrosadas mejillas, y venian á mezclarse entre sus trémulos labios con las preces religiosas que murmuraba en voz baja. Margarita sintió una fuerza poderosa que la impelia á arrastrarse delante del altar: la humildad y el dolor de aquel hombre que lloraba por sus culpas la venció, y la hizo creer en la santidad de su religion sublime. Arrodillada á su lado exclamó:

—Sí, padre mio, bendecid á vuestra hija, escuchad la relacion de sus culpas; y en nombre de ese Dios que os inspira, perdonad esta humilde pecadora! »

Terminada su confesion y tranquilizado algun tanto su espíritu, pasó la noche en aquella ermita, orando la mayor parte de las horas ó refiriendo los pormenores de su fuga. «Ah! exclamó! Sin el deseo de volver á ver al hermano de mi madre, que con tanta jenerosidad habia cuidado de remitir fondos á las religiosas para que no desatendiesen mi educacion: sin el ansia que tenia de estrechar entre mis brazos al tio querido á quien suponía muerto en la última campaña de Flandes, acaso el amor no me hubiera hecho abandonar el tranquilo asilo donde se deslizaron las serenas horas de mi vida! Me amenazó el ingrato con abandonarme; es decir, con despedazar mi corazon sino le seguia: protestó de su nobleza, me hizo mil juramentos sobre su respeto, y me aseguró de su lealtad y de su cariño, por esta ermita de la virgen del Valle, donde nos hallamos, y la cual se divisaba desde las verjas de mi monasterio!

Seguíle confiada, aunque empezaron mis recelos al verle parar su caballo delante de una granja solitaria, escondida entre las arboledas de los bosques de Aranjuez. Pregunté la ocasion de haber cambiado de rumbo, y me contestó arrojándose á mis plantas. Suspiró en vano, pero agotado su rendimiento finjido se atrevió á mi decoro. Luchó mi honestidad contra su des-

enfreno; oprimió mis brazos con sus manos de hierro; el dolor y el espanto me anonadaron.



Dios fué piadoso, y por lo menos me privó del conocimiento para que no advirtiese mi deshonra. El pérfido la terminó con una infamia. Me prometió riquezas y grandeza, el aumento de mis deudos, la fortuna de mis amigos, y se despidió hasta el nuevo día. El despecho me hizo intentarlo todo y me arriesgué á descolgarme por una ventana próxima al suelo. Yo huía de aquel hombre porque le aborrecia; porque habia intentado poner precio á mi humillacion, porque aun le creia indigno de mí. Sin embargo pensando en la mancilla de mi nombre permanecía en el umbral de la puerta, cuando un caballero se presentó con una esquila. Asegurándole que yo servia á la persona que buscaba, pues la carta venia dirigida á mi nombre, me la entregó y un joyuelo de ámbar. El papel se cayó de mis manos. Aquel hombre estaba casado y no se atrevia á declarar su nombre: pero dentro de la joya de ámbar me enviaba para recuerdo su retrato, y me aseguraba que velaria por mi felicidad.

—Pobre niña!

—Por mi felicidad! él, que la habia pisoteado como una flor marchita: él, que habia abierto para mis ojos el raudal eterno de las lágrimas, y en mi corazon el abismo de la vergüenza y de la desesperacion! Entonces no supe lo que hacia: ciega, desorientada, caminando á la ventura, me hallé á la primera claridad del alba rendida de cansancio y de pesadumbre á la puerta de esta ermita, que se abrió para mí hospitalaria; y en la que he vuelto á rezar con tranquilidad, despues de quince dias de olvido por la memoria hermosa de mis padres!

—Y no le habeis reconocido por el retrato?

—Jamás; lo tenía jurado; jamás fijaría mis ojos sobre el hombre que los había cubierto de llanto y de tinieblas. Con un campesino, y sin saber que señas darle para que le entregase á su verdadero dueño, le remití al palacio arzobispal.

—Y no habeis sabido si llegó á su destino?

—Nada absolutamente:

—Y la granja, os la nombró por acaso?

—Recuerdo confusamente que me dijo que era la casa de un labrador.

A este punto llegarían de su conversacion, cuando se oyó claro y distinto el galope de varios caballos, cuyos ecos repitiéndose en las montañas formaban un estruendo confuso y penetrante. Enojado el sacerdote se asomó á la puerta de la ermita y distinguió un grupo de

caballeros á la entrada del valle, uno de los cuales se adelantaba con ademán resuelto. Saludó al religioso con cortesía, y este, asegurado por el buen talante y nobles maneras del caballero, dejóle paso á la ermita. Algunas palabras confusas llegaron á sus oídos, pero cuando se le figuró que la plática se hacia ruidosa, y se disponia á mediar en la cuestion y á declararse el protector de Margarita, vió al desconocido abrirla sus brazos y á esta refugiarse en ellos como una paloma herida entre las ramas de un nido hospitalario, y les oyó pronunciar con tierreno acento estas palabras.—Perdon, perdon, por mi madre, que era vuestra hermana!—Pobre Margarita! Pobre sobrina mia!

(Se concluirá.)

G. ROMERO LARRAÑAGA.

LIBRO DE MEMORIAS.

TEATROS. — Varios periódicos han dado por segura la noticia del ajuste del señor Latorre en el teatro del Principe. Sin que neguemos enteramente nosotros la circunstancia de habersele pasado por el señor Romea la escritura con la cantidad en blanco para que la llenase á medida de su deseo, y de haberla devuelto el señor Latorre firmada, mas sin llenar el claro, podemos sin embargo dar casi por muy positivo que en todas estas entrevistas y preliminares hay mas galanteria que buena voluntad; y por consiguiente que la reunion proyectada de ambos artistas en una misma escena será un bello sueño nada mas.

Fiesta en palacio. — El baile de niños celebrado en la cámara de la reina el día de Reyes fue muy concurrido, y asistieron á él una parte de la grandeza española y el rejente del reino. El sarao empezó á las ocho y terminó á las doce y cuarto, y durante todo él no se desmintió un momento la apacible y graciosa amabilidad de las angustas princesas. Aunque la jeneralidad de los trajes que allí se ostentaron no eran de una riqueza estremada, habia en cambio algunos que llamaban la atencion por su magnificencia y buen gusto.

FUNCION RELIGIOSA EN EL RETIRO. — Como anunciamos en nuestro número anterior, el día de Reyes se repitieron los villancicos, el *lienedictus* y la invocacion sagrada que se habian cantado el día de Natividad en la iglesia del buen Retiro: composiciones místicas de la justamente célebre señorita doña Paulina Cabrero y Martinez. El efec-

to que produjeron fue admirable, la emocion de los concurrentes grande, y el triunfo de la jóven compositora verdaderamente envidiable. S. M. la Reina doña Isabel II y su augusta hermana honraron con su asistencia tan brillante funcion, y la señorita Paulina tuvo el honor de besar su real mano y de escuchar de su boca sinceras alabanzas. Sirvan de estímulo á la autora los amables elogios de una reina, que sin duda llegará á ser tan grande como la primera Isabel que nos conquistó un nuevo mundo. Su afición á las artes nos hace presentir que aun podrán florecer en nuestro suelo á la sombra soberana.

TEATROS DE PARIS. — Como dijimos en el primer número, se estrenó al fin en el *Opéra La mano derecha y la mano izquierda*, drama de Leon Gozlan, que segun los periódicos franceses ha sido un acontecimiento literario en los anales del teatro, ya como primera produccion tan feliz como atrevida en la carrera dramática, ya como gran creacion de nuevos caracteres por autores distinguidos. Este éxito tan afortunado (añaden) debe atribuirse á la buena eleccion del asunto, uno de los mas fecundos en emociones que pueden ponerse en escena, historia admirable, llena de amor y de misterios, toda de fantasía, pero verdadera segun el corazon; y á la originalidad de las situaciones, y del estilo, tan brillante como lleno de fina y picante ironía.

EL MERITO RECOMPENSADO. — Un pretendiente, protegido por un diputado de su provincia, acababa de obtener la cruz de Isabel la Católica. No estaba contento todavía, in-

saciable, y pedía aun mas. «Me parece, le dijo su protector, que ha conseguido V. la recompensa de lo que llama sus servicios.—Gran cosa por cierto, respondió el novel caballero, un pingajo al ojal de la levita! — Un pingajo, replicó el protector, no es acaso cuanto basta para cubrir su mérito?»

VAN AMBURGO. — Este célebre domador de fieras acaba de hacer su entrada pública en Londres, en un carruaje tirado de ocho caballos que él mismo dirigia. Iba precedido de cierto número de jinetes y de una música de instrumentos de viento. Seguian luego, en doce jaulas elegantemente colgadas, los animales cuya fiera ha domado; de cada jaula tiraban cuatro caballos, y finalmente la magnífica cohorte de cincuenta corceles.

MAGNIFICA ESCALERA. — Segun escriben de Odesa ya se está acabando una construccion grandiosa, que será uno de los mas bellos ornamentos de dicha ciudad; es una escalera que conducirá desde el puerto á la poblacion que, como es sabido, se halla situada á una altura considerable sobre el nivel del mar; es de marmol blanco y tiene doscientos escalones divididos en diez tramos que comprenden cada uno un descanso sumamente ancho. La figura de esta escalera es en cierto modo piramidal, pues los escalones disminuyen gradualmente de longitud desde la parte de abajo á la de arriba, por manera que los escalones inferiores tienen trescientos cincuenta pies de largo, y los superiores solo ciento setenta y cinco. Treinta y seis columnas sostienen este magnífico monumento.

MADRID: IMPRENTA DEL REPLEJO.